



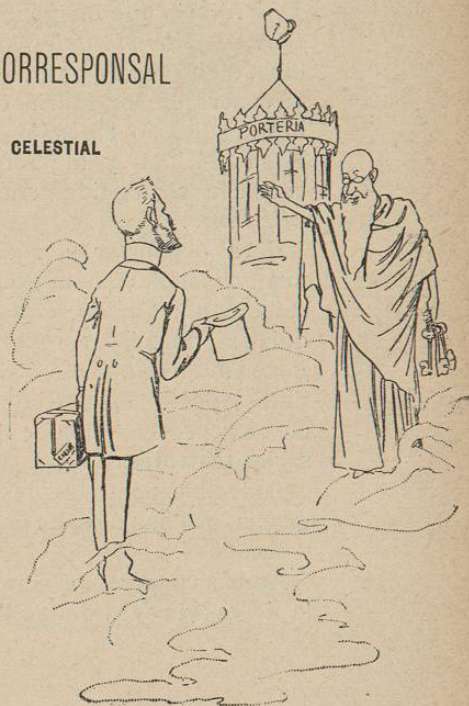
DE NUESTRO CORRESPONSAL

EN LA CORTE CELESTIAL

15 de Enero de 1890.

El último suceso importante ocurrido en esta divina Sión ha sido la llegada á sus afueras del insigne artista español Julián Gayerre.

Y digo á sus afueras, porque el



gran tenor, sin haber sido condenado á las penas que pedían para él algunos intransigentes é integristas (pues también por aquí tiene secuaces *El Siglo Futuro*), no ha hecho todavía su entrada triunfal en el empireo, y su situación es la de los antiguos catecúmenos.

Tan pronto como dieron la noticia de su partida de ese pícaro mundo *La Ciudad de Dios* (diario que dirige San Agustín) y *La Correspondencia Celestial* (de cuya redacción, dicho sea de paso, acaba de separarse la venerable sor María de Ágreda), hubo extraordinario *embullo*—como dice Santa Rosa de Lima—y al punto se dispusieron á recibirle espléndidamente todos nuestros *dilettanti*.

Para organizar la recepción nombróse una comisión, compuesta de la bienaventurada Santa Cecilia, el santo rey David, á quien algunos irreverentes suelen llamar el *gachó del arpa*, y el caballo blanco de Santiago Apóstol; este último (el caballo blanco) en representación de la clase de empresarios teatrales.

Todo iba viento en popa; pero, por desgracia, nos han aguado la fiesta los ángeles y serafines.

Ambas corporaciones pusieron el grito en la tierra (al revés del grito en el cielo, que

dicen ustedes ahí abajo), y en un *meeting* de los más solemnes á que he asistido en mi larga carrera periodística, tomaron varios acuerdos, que pueden compendiarse en esta gravísima intimación:



Si Julián Gayarre entra en el cielo, nosotros presentamos nuestra dimisión en masa y dejamos de cantar.

Ante esta cuestión de etiqueta y el conflicto que traía aparejado (porque, además de su importancia artística, ángeles y sera-

fines tienen extraordinaria influencia electoral), hubo de reunirse el Consejo de arcángeles—de ministros, como si dijéramos,—y el debate, según mis noticias, fué muy acalorado y un sí es no es contrario á la alta serenidad de estas regiones.

—Ese célebre tenor—diz que decía el arcángel Rafael—debe ir al infierno, porque con sus maravillosos cantos de amores y venganza ha hecho caer millares de almas en profanas tentaciones.

—También—diz que replicaba el arcángel Gabriel—ha elevado millares de espíritus hasta nuestras celestiales alturas... Acuérdate, además, de que, estando enfermo en Nápoles, hizo voto de no volver á cantar hasta poder hacerlo ante la Virgen del Pilar, y Julián cumplió su voto.

—Sí; pero acuérdate tú también de que por su causa concluyó el Congreso católico de Madrid como el rosario de la Aurora. Se anunció que cantaría él en la última sesión y hubo un tumulto que...

—Lo recuerdo, y no veo qué culpa puede tener Gayarre de que la gente prefiriese oír á un tenor mejor que á veinte obispos.

—Fué á lo menos piedra de escándalo, y al purgatorio sí que ha de ir.

—El purgatorio es un lugar de penas, y Julián lo convertirá en un lugar de deli-

cias... Las ánimas benditas no querrán moverse de allí.

—¡Hombre! Es verdad.

Según noticias de autorizado origen, el que lo ha arreglado todo ha sido el arcángel Miguel, gran amigo de los españoles, como lo prueba—si hemos de dar crédito á un soneto de Estébanez Calderón, tío de Cánovas—el hecho de haber regalado su fulmínea espada á Francisco Montes, cuando subió al cielo este famoso matador de toros.

El arreglo consiste en un expediente que se ha "incoado," ante los Tronos y Potestades, como se llama aquí al cuerpo que hace las veces del Consejo de Estado.

Mientras el caso se resuelve, el célebre artista aguardará... en la portería del cielo.

Y como todo expediente es el cuento de nunca acabar, así en la tierra como en el cielo, pueden ustedes estar ciertos de que Julián Gayarre, si no en la gloria, está como en la gloria.

Ni podía ser de otra manera. La mitad de ella la ganó en ese mundo sublunar.

San Pedro, de puro contento con el huésped que le han deparado los consejeros responsables de Su Divina Majestad, está echando un pelo lucidísimo. Obsequia cuanto puede al temible rival de ángeles y sera-

fines, y da en su honor unas *soirées* y algún que otro *five o'clock tea*, á que asiste lo más *copurchic* de los santos y santas de esta corte.



Se está preparando también en la celestial portería un concierto de beneficencia, y la demanda de papeletas es tal, que San Pedro ha tenido que sacar el cartelillo de *No hay billetes*, ni más ni menos que ocu-

rría en los teatros de la tierra cuando cantaba el inclito navarro.

Por supuesto, que también por acá hay



revendedores, y sé de buena tinta que San Dimas, (a) *El Buen Ladrón*, anda en el ajo y está poniéndose las botas.

La cola que hay en la portería es tal, que pueden verla los madrileños desde el Cam-

pillo de las Vistillas, sitio destinado á esta clase de visiones sobrenaturales.

Y con esto concluyo, señor Director. De política, nada hay de nuevo, aparte del regreso de los Santos Reyes Magos de su expedición anual á ese planeta. Hogaño han vuelto SS. MM. Melchor, Gaspar y Baltasar muy disgustados. Ustedes sabrán por qué. Yo quise *interviewiarles*; pero no se dejaron. Solamente Baltasar, el Rey negro, me recibió, cantando con música de *El último mono*:

Aguanta *interview*, y calla,
si te dan otra será peor;

pero como el apreciable Monarca es tan oscuro... me quedé á oscuras.

Suyo afectísimo, *Querubín García*.



NUESTROS KAVANAGH



No hay para qué confundir el apellido de Kavanagh, diputado inglés, con el de Cavanna, domador de fieras, ni con el de Cavanna, acreditado comerciante de la calle Mayor.

Algo, y aun algos, tienen nuestros Kavanagh de comerciantes y de domadores; porque, como comerciar, comercian cuanto pueden—si bien con menos legalidad de la que exigiría el propio dios Mercurio;—y como domar, también doman, aunque no es gran

proeza ejercitar el arte de Bernabó y Bidel á costa del león español, que es hoy por hoy el león de menos garras, menos dientes, y hasta menos melenas, que ruge bajo la capa del sol (suponiendo que pueda confundirse el roncar con el rugir.)

Pero no son estas analogías y semejanzas las que me propongo señalar en nuestros Kavanagh.

¿Qué significa, ante todo, ese nombre de Kavanagh?

Kavanagh, diputado inglés que ha muerto no hace muchos días, había venido á este "valle de lágrimas," sin brazos y sin piernas; deficiencia física que parecía inutilizarle para un sinnúmero de funciones públicas y privadas, pero á la cual se sobrepuso mediante inextinguible y envidiable fuerza de voluntad.

"Arturo Kavanagh—escribe un periódico inglés—supo crearse una de las situaciones más importantes en su país; llegó á ser diputado, cazador de zorros, notable jinete, y uno de los *causeurs* á quien más se escuchaba en los salones."

En rigor—y perdone el diario británico—no hacen gran falta los brazos y piernas para ser persona de amena y grata conversación; pero ¿cómo se las componía Kavanagh para montar, cazar zorros de ambos

sexos, y tomar asiento en la Cámara de los Comunes?

Para montar á caballo, se hizo construir una silla de su invención, desde la cual mandaba al caballo, manejando la brida con los dientes.

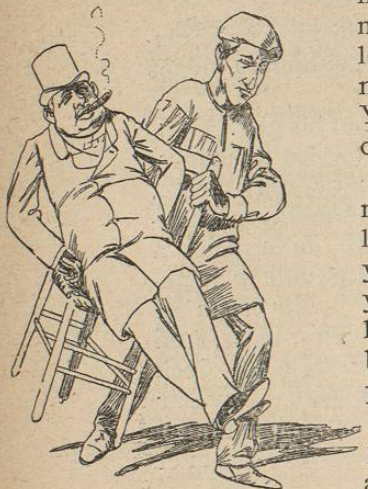
Para escribir, hacía lo mismo con la pluma; y en verdad que de cualquiera menos de él podría decirse:

—Ese hombre escribe con los pies.

Para que se sentara entre los diputados, hubo necesidad de modificar el reglamento, porque estando terminantemente prohibida la entrada en el salón de sesiones á toda persona que no sea diputado, y no pudiendo míster Kavanagh llegar hasta su asiento sino en un sillón con ruedas, ó en brazos de su criado, el Parlamento decidió que se le permitiera á éste atravesar el salón para conducir á su amo hasta el escaño y para volver á llevárselo hasta el coche.

Como puede observar el discreto lector, si míster Kavanagh fué en el Parlamento inglés un verdadero fenómeno—propio para asombrar á las niñeras y militares sin graduación,—en el Parlamento español no hubiera pasado de ser uno de tantos diputados corrientes y molientes... Molientes sobre todo.

¿Qué son nuestros diputados, en su mayoría, sino otros Kavanagh, salvo el mérito que el inglés tuvo venciendo crueles obstáculos de la Naturaleza?



Nuestros Kavanagh tienen piernas; pero como si no las tuviesen. El pueblo les pide que anden, que marchen, que se muevan... Y ellos, ni andan, ni marchan, ni se mueven.

Nuestros Kavanagh tienen brazos; pero ¿de qué les sirven? Acción, acción y acción les pide el país, y ellos no le dan sino palabras, palabras y palabras. Son mancos por compromiso.

Nuestros Kavanagh no podrían llegar hasta sus asientos si no encontraran domésticos complacientes (léase electores) que les llevasen en brazos hasta el escaño, retirándose en seguida humildemente; con la diferencia—á favor de los Kavanagh españoles—de que el inglés pagaba á quien le servía, mientras que aquí... el que paga es el mismo que sirve.

¿Creen nuestros Kavanagh poseer verdaderamente la representación del que les ha llevado allí?

El que los deja en aquel sitio, y luego se retira, y tiene brazos y piernas de verdad, es el pobre Juan Español (ó Juan Ibérico, para que no se ofendan los portugueses, y para que entren también en esta romana del diablo); y puesto que los mete lo mismo que los saca, él es *il vero pulcinella*, como decía el fraile de Nápoles.

Nuestros Kavanagh, en fin, se las componen y arreglan, á falta de piernas y de brazos, lo mismo que el de la Gran Bretaña.

¿Para qué tienen dientes?

Con ellos gobiernan; con ellos discuten; con ellos pretenden representarnos.

Y á fe que no lo consigno sino en pro de nuestro amor propio nacional; porque si los ingleses han tenido un Kavanagh, nosotros disfrutamos de ellos por docenas, y aun por centenares... ¡En algo había de sobrepujar el Parlamento español al Parlamento inglés!

Enero de 1890.

FANTOCCI ARTISTICI



A sí los malla
Fracassa, perió
no, y así los llamo yo, sin atreverme á lla-
marles en gali-hispani-parla *fantoche* *ar-*
tísticos, para no promover iras ni [provo-
car furores.

El Capitán
dico roma-

Se trata de un tenor, y ante personalidad tan sagrada, toda precaución es poca.

Se nos permite hacer mangas y capirotos del Altar y del Trono, de la Justicia y de la Propiedad; pero ¡cuidado con causar la más leve molestia á Su Majestad el Tenor, á Su Santidad el Pintor, y á Su Divinidad el Matador!

Matadores, pintores y tenores, forman hoy—como ya he dicho antes de ahora—la *Trimurti* (y no me atrevo á llamarla *Trinidad*, porque algún chusco no la deje en *Trini*) que impera y reina de tejas abajo donde quiera que haya españoles sobre quien reinar é imperar.

Por supuesto, que para ceñir semejante diadema se necesita, como condición indispensable, la de *estar en juego*, y perdónese-me lo vulgar de la frase.

Si no fuera de mal gusto citar nombres propios, daría pruebas suficientes en apoyo de mi opinión. Me contentaré tan solo, en esto de las «Majestades caídas,» con preguntar sin el menor asomo de malicia:

—¿Qué nombre les suena á ustedes más á epitafio? ¿El de Roberto Stagno ó el de Julián Gayarre?

Gayarre, muerto, parece que todavía canta. Y todavía, en esos momentos en que “el alma, se separa de “la bestia,»,—como

decía el autor del *Viaje alrededor de mi cuarto*,—imaginamos oír aquella voz que era juntamente angelical y masculina.

Stagno, vivo, parece que no nos trae sino ecos lúgubres *della tomba freda*. Y así lo comprende sin duda el famoso cantante, cuando—á juzgar por lo que nos cuenta el ya citado diario de Roma—trata de asistir en vida á sus propios funerales, ni más ni menos que Carlos V en Yuste.

Con la diferencia de que nuestro César no cobró,

es decir, me lo figuro yo,

ni un solo maravedí por exhibirse en clase de cadáver, mientras que Stagno algo va ganando con la singular exposición que ha ideado un Barnum de afición; y digo de afición, porque pertenece á la clase de príncipes y no le guía en su empresa sino el entusiasmo por el célebre cantante.

Es, pues, el caso que, del propio modo que puede

en Cádiz repercutir
un beso dado en Cantón,

puede repercutir en Italia un pensamiento concebido en España; y con efecto, allí ha repercutido la idea del “Museo Gayarre,», acerca de cuya realización ya dije á Ka-

sabal, á estilo de la gente de los barrios, bajos:

—¡Que te se quite eso de la cabeza!

Lo que Gayarre no logrará, ni aun después de muerto, por culpa de quien la tenga, va á lograrlo Stagno por iniciativa propia; porque como él dirá:

—Si dejo ese cuidado á mis supervivientes... estoy fresco.

Y dándose á sí mismo la alternativa de hombre "entrado en la posteridad", ha dispuesto colocar en una gran sala de la *villa* que posee en Nápoles, la famosa y tan admirada armadura de *Lohengrin* y los principales trajes que ha vestido durante su gloriosa carrera; pensamiento que ya habíamos expresado aquí, casi casi con estas mismas palabras de *El Capitán Fracassa*:

"Un piccolo museo artistico, al quale certamente accorreranno i posteri in devoto pellegrinaggio, consolande di non poter più udire la dolce voce del *cigno gentile*, con l'ammirarne le vesti, come lui, ai trionfi avvezze.."

Claro está que Stagno es muy dueño de procurarse en vida (y hace muy bien) lo que no logró nuestro Gayarre, muerto en plena gloria, sin haber conocido las tristezas de la decadencia, á pesar del *tutto ei*

provò que le ha aplicado el ilustre Arrieta en un artículo magistral.

Pero un clavo saca otro clavo, y el pensamiento de Stagno desaparece y se eclipsa ante el de D. Baldassarre Odescalchi, príncipe romano y Barnum *per l'onore*.

Este respetable prócer, que en compañía de otros personajes de la gran ciudad, trabaja sin tregua ni descanso para dar lustre y atractivo á las fiestas de Mayo en Roma, ha propuesto á Stagno que esa exposición de trajes y armas se verifique con tal motivo, y así se verificará—si la respuesta del tenor es favorable—exhibiéndose en una sala del palacio de Bellas Artes todos esos pintorescos arreos, que no pudiendo vestirlos el *divo*, los vestirán varios *fantocci artistici*, en los cuales como que revivirá el artista.



Así, irán desfilando ante el público Lohengrin, Eleazar, Almaviva, Roberto el Diablo, Raul, el duque de Mantua, etc., etc.; y para que la ilusión sea completa (¡á cualquier cosa llaman los romanos ilusión!) una reducida, pero selecta orquesta, oculta á las miradas del público, irá tocando, á medida

que desfilen los artísticos muñecos, aquellas melodías cuya interpretación ha dado tanta fama á este cantante.

No faltará—dice *El Capitán Fracassa*—algún malevolo que llame á esa exposición de trajes viejos *il Ghetto* (el Rastro, como si dijéramos); pero será el Rastro de la gloria, el Rastro del arte.

Con todo, Roberto Stagno puede asustarse ante esa idea, por muy sediento que esté de reclamo y de notoriedad, y oponerse á ella rotundamente, pensando en que quizás haya gentes que prefieran ver los *fantocci artistici* á escucharle á él en estos últimos tiempos de su brillante carrera.

Pido, en tal caso, que la peregrina ocurrencia de D. Baldassarre Odescalchi se trasplante á Madrid, y se aplique á algunos personajes vivos, que no tendrán inconveniente en servir de modelo para las colecciones de esta especie.

¿Qué sería ver al egregio tribuno don Fulano, en todas sus transformaciones sucesivas, empezando por las predicaciones federales, y acabando por cantar misa, desfilando en efigie, al compás de las diversas sonatas que ha cantado durante su gloriosa carrera?

¿Qué sería ver al colosal estadista don Mengano en todas las manifestaciones de

su múltiple personalidad, ora vestido de ministro, ora de académico, bien de artillero, bien de poeta con su lira y su corona de laurel, ya surgiendo de una sopera, ya metiéndose en un charco?

¿Qué sería ver al celeberrimo torero *don Zutano* (porque hay toreros con tratamiento), luciendo todos sus trajes, suertes y posturas? Sería todo ello muy curioso, muy interesante, y muy "fin de siglo."

¡A ver quién nos sirve esos *fantocci artistici*!

Febrero de 1890.